

conjunto maravilloso de absurdos, contraprincipios é inconsecuencias que pululan en el reducido periodo de la revolucion francesa, la materia no podia ser mas fecunda. Pero hai puntos que no deben tocarse sino con una prudente reserva, y por tanto, reduciéndome aquí á lo mui preciso, voi á ofrecer un contraste bien notable á la verdad, sin salir de aquella misma tribuna de donde partieron todos los rayos que lanzaba la filosofia contra todas las instituciones mas augustas y venerables que habian quedado en pié triunfantes de todas las vicisitudes de tantos siglos.

XVIII.

Fulminada la sentencia de destruccion, se trató ya de reedificar, y la filosofia campeando sola, sin rival y sin obstáculos, se apoderó de la tribuna, para anunciar al mundo su gran reforma social, fundada en un sistema nuevo de enseñanza y educacion. Escuchadla, pues, hablando por la boca de sus órganos mas fieles y entusiastas. „Debéis á la nacion francesa, decia Condorcet, en „Abril del año de 92, á la asamblea legislativa, una ins- „truccion al nivel del siglo décimo octavo, de esta filo- „safia que, ilustrando la generacion contemporánea, pre- „sagia, prepara y acelera la razon superior á donde lla- „man á las generaciones futuras los progresos necesarios „del género humano.”

„Tales han sido nuestros principios; y en consecuen- „cia, hemos escogido y clasificado los objetos de la ins- „truccion pública, sin separarnos en un punto de esta „filosofia, libre de todas las cadenas, exenta de toda au- „toridad, y desasida de todo hábito antiguo.”

He aquí, Señores, los principios que fundaban el famo-

so sistema. La creencia quedaba proscrita, y la educa- cion por lo mismo aniquilada. ¿Queréis empero una indicacion mas explícita y terminante? Atended. „Los „principios de la moral que se enseñen en las escuelas „é institutos, serán aquellos, que fundados en nuestros „sentimientos naturales y en la razon, pertenecen por i- „gual á todos los hombres.....” „Era pues rigoro- „samente necesario *separar de la moral los principios de „toda religion particular, y no admitir en la instruccion „pública la enseñanza de ningun culto religioso.*”

Ved pues, Señores, aquí todos los medios; que en buen análisis equivalen á la organizacion del ateísmo en las escuelas públicas. Inconcebible parece que hayan pre- valecido estas ideas en el recinto de una asamblea de legisladores. ¿Qué objeto tiene la educacion? Formar el carácter, prevenir la voluntad, para no sucumbir en me- dio de las vicisitudes diversas por donde siempre se pa- sa en la carrera de la vida. ¿Y cuál es el motivo en que fundaba Condorcet estas opiniones tan extrañas? La necesidad en su concepto, de que pudieran subsistir jun- tos el cambio frecuente de las opiniones de un hom- bre en el discurso de su vida, (son sus palabras), y los principios establecidos sobre esta basa, para que no lle- gara á suceder que los hombres imaginasen llenar sus deberes, violando los derechos mas sagrados; y obedecer á Dios, traicionando á su patria.

He aquí el gran proyecto, el esfuerzo sublime de to- do un siglo filosófico, el soberbio plan cuya práctica de- bía regenerar al mundo científico, al mundo político y al mundo moral. Y no imaginéis, Señores, que me pro- pongo medrar con la impostura; y para no servir aquí ni aun de intérprete á la filosofia, el mismo Condor-

et os hará una pintura fiel de los grandes resultados que ya su imaginacion le presentaba en un lejano porvenir. „Ha de llegar sin duda un tiempo, decía, en que „las sociedades sábias instituidas por la autoridad, „serán superfluas y desde luego peligrosas, y aun en „que todo establecimiento público de instruccion ven- „drá á ser inútil: este tiempo será aquel en que ya no „haya de temerse ningun error general; en que las cau- „sas que llaman al interes ó á las pasiones al socor- „ro de las preocupaciones, hayan perdido su influencia; „en que por igual serán derramadas las luces, así por „todos los lugares de un mismo territorio, como por to- „das las clases de una misma sociedad; en que todas las „ciencias y sus aplicaciones quedarán igualmente libres „del yugo de todas las supersticiones y del veneno de „las falsas doctrinas; en que cada hombre, por fin, halla- „rá en sus propios conocimientos, en la rectitud de su „espíritu, armas suficientes para repeler todas las astu- „cias de la charlataneria: mas este tiempo está todavía „mui lejano: nuestro objeto por lo mismo debe ser pre- „parar, acelerar la venida de esta época, y al empeñar- „nos tanto en formar estas instituciones nuevas, debe- „mos tener la mira de acelerar el arribo de ese instante „feliz en que estas instituciones lleguen á ser inútiles.” (*)

¿Qué os parece, Señores? Si no lo vierais escrito, si la historia no lo consignase de una manera tan expresa, ¿hubierais podido concebir que á tanto llegarían los arranques y delirios de la filosofia del siglo décimo octavo, que había de hacer entrar en sus previsiones la quimera

(*) *Rapport sur l'organisation générale de l'instruction publique, fait á l'Assemblée législative.*

de que vendría á quedar abolida un tiempo aun la necesidad de la enseñanza y educacion, hasta el extremo de despreciarse por inútiles, ó proscribirse por peligrosos, los establecimientos públicos erigidos con tan importante objeto? Pero en fin, el grito de estos filósofos engrosando, en proporcion de la distancia que recorria, con los ecos entusiastas y frénéticos de una multitud enagenada, precipitó en la demencia, en el delirio, á la nacion mas culta y mas civilizada de la Europa, y el pueblo francés esperaba sin duda el ver realizadas las predicciones de estos nuevos profetas. ¿Pero qué sucedió? Vosotros lo sabéis; y yo que no quiero abrir esas páginas de insensatez, de frenesí, de furor, de incontables errores y horrosos crímenes, tampoco haré mas, que haceros escuchar, como os lo he prometido, la voz de otro Magistrado, que diez años despues, clamaba en la misma tribuna por una urgente reforma, en vista de los tristes resultados que habían producido en la sociedad las ideas de 92 y los establecimientos que se plantearon conforme con ellas. Alude á un proyecto de lei, que sin tener acaso todas las exageraciones que pululan en el discurso de Condorcet, guarda un profundo silencio en materia de religion. Oidle; y oidle en el concepto de que no es un clérigo quien habla, de que no es tampoco de sus adictos, y de que no le faltarían credenciales para ser admitido con honor entre los mas notables progresistas.

„Pocos dias ha, dice Mr. Darú, que el legislador ha „reconocido que casi la totalidad del pueblo francés pro- „fesa una religion, y la universalidad de los ciudadanos „funda en esta declaracion la esperanza de la felicidad „y de la tranquilidad del Estado.”

„Yo uno estas dos ideas, y no puedo ver por lo mismo sin extrañeza, que el proyecto de lei sobre instruccion pública no diga cosa alguna sobre las ideas de religion que deben darse á los niños.

„La lei deja á todos los ciudadanos una libertad indefinida para elegir entre todas las opiniones religiosas, y reconoce la existencia de los cultos, no solo como constante, sino como útil al orden público y á la moral. Si ella lo es en efecto, el orden público, la moral están interesadas en que las opiniones religiosas se propaguen; y aun cuando esta utilidad no existiese, ningun ciudadano ha menester para esto del consentimiento general, pues su fe es independiente hasta de la misma lei.

„Si este raciocinio no tiene respuesta, como lo creo, solo quedan dos medios para eludir su consecuencia.”

„El primero seria declarar que un padre no tiene derecho para designar la religion en que quiere que se eduquen sus hijos, lo cual seria hacer temblar á la naturaleza, y por lo ménos espantaria igualmente al padre deista que á los padres mas crédulos.”

„El otro seria mandar que los niños no oyesen hablar de religion, sino hasta que su educacion estuviera casi concluida, cuando volviesen al seno de sus familias, cuando estuviesen en estado de elegir, es decir, en el tiempo de la pubertad, en la edad de las pasiones. Fácil es prever cuáles serian las consecuencias de semejante sistema.”

„Yo pienso que esta omision tan importante destruiria todas las esperanzas que la lei que se os acaba de presentar permite concebir.”

„Me parece imposible en el estado actual de la legis-

lacion, (*) separar en lo absoluto la religion de la instruccion pública. Digo mas: confieso que, sea cual fuere el estado de la legislacion, nunca podria concebir yo una educacion que abstrajese de su sistema todas las ideas religiosas.”

Toca el orador el punto del clero, y cubre de ridiculo, sin abandonar la gravedad de la discusion, las sospechas que la política pretexto, para cohonestar su empeño en arrancar de sus manos la juventud.

„Seamos mas consecuentes, dice. Si queremos inspirar ideas religiosas á nuestros hijos, y deseamos que su razon las apruebe un dia, y que su vida toda sea mas pura y mas feliz, no comencemos por ultrajar de autemano, con una desconfianza cruel, á esos hombres á quienes se les acaban de restituir sus augustas funciones: que los sabios den pruebas de lo mucho que aborrecen toda clase de persecucion; que los padres llamen á la religion en apoyo de su autoridad, y estudien con el mayor esmero el carácter, la capacidad, la doctrina, las costumbres del hombre á quien haya del encargar, se de abrir estas almas á la palabra celestial.”

Voy á reasumir.

„Me parece imposible no admitir la religion en la instruccion pública: porque semejante omision, segun creo haberlo demostrado, paralizaria la instruccion misma: seria injusta para los niños, espantosa para los padres; impolítica, es decir, peligrosa para el Estado.”

Alarmábase mucho este orador por ver inutilizadas

(*) Y esto decia Darú cuando ya los filósofos libertinos llevaban diez años de trabajo, á manos libres, y sin pararse en medios.

La multitud de escuelas y establecimientos de la nacion; y como corriéndose á la vista de un fenómeno mui humillante para la filosofia, como era el contraste que formaban el eterno catálogo de los ramos y la numerosa lista de los profesores, con la escasísima concurrencia de los alumnos, no halló explicacion satisfactoria que dar á este suceso tan miserable, sino en la ausencia de la religion, cuyo principio teológico hemos recomendado como el único capaz de formar el entendimiento y el corazon. „¿Puede pensarse, decia, que padres religiosos se separasen de sus hijos, confiándolos, por espacio de seis años, á unos profesores que no les diesen idea ninguna de religion, cuando habrian preferido hacer el sacrificio de su fortuna, ó dejar á sus hijos sin instruccion, ántes que mandarlos por algunas horas á aprender las ciencias humanas á la escuela de un maestro que les fuera sospechoso de incredulidad ó indiferentismo?“ (*)

A la vista de este contraste, que con solo el intervalo de diez años, presenta la tribuna francesa en los dos discursos que acabo de citar, nada me queda que hacer: esta contradiccion es la mas bella defensa de la causa del clero. Por lo demas, si despues de este exámen, en que de intento he procedido tratando mi asunto con independencia absoluta de toda designacion particular, me es permitido volver mis ojos á la situacion actual de nuestra patria, me reduciré señores, á hacer una observacion y á proponeros una duda. Segun el movimiento de las ideas progresistas y las mas terminantes indicaciones de hoi, todo se dirige á parodiar las ideas

(*) *Choix de rapports, tom. XVII, pp. 127 et 128.*
(Ed. de París de 1822.)

de Condorcet: ¿cuánto tiempo de trastornos habrá de pasar, para que le llegue su turno á Mr. Darú? Abandono esta duda á vuestro criterio y á vuestro juicio, para volver sobre mi asunto, considerando el resultado individual que de suyo promete el sistema de la Iglesia. Un resto de atencion, y ya concluyo la exposicion de nuestras ideas en materia de principios.

XIX.

Considerad, Señores, lo que puede ser en la sociedad un hombre formado segun estos principios; y no creo ya necesario el buscar nuevos argumentos en favor de este plan de enseñanza y educacion, atendidos los resultados que debe producir. Observad el sistema de sus facultades internas, el carácter de sus conocimientos, la influencia de su saber, las garantías que presta su conducta, el interes que inspira su trato, la confianza que disfruta por su genio y su carácter; y decidme: ¿vuestras esperanzas tiernas en favor de esta juventud preciosa que veis distribuida en los colegios de la Iglesia mejicana, exigen otra garantía, ó ambicionan otros principios, para ser dignamente coronadas en aquel tiempo que os reserva la divina Providencia, para que saboreéis los deliciosos frutos de vuestros sacrificios y de vuestros afanes? Ved á ese jóven formado bajo tan felices auspicios; vedle salir de estas casas, dejando para siempre en ellas su reconocimiento y amor: seguidle ademas en todos los pasos de su carrera pública y privada. No se deja arrebatar de los impulsos frenéticos de una imaginacion electrizada, para aumentar el número de esos literatos de improviso, que arrojan al papel lo primero

que se les ocurre, con mengua del buen sentido, y hasta con violencia del propio idioma. Pero observad su conducta intelectual. Atiende desde luego á la parte útil y provechosa que puede tener el asunto que trata, y ejercita con tino, con orden y con sobriedad las facultades que ha recibido de la naturaleza. No pertenece al número de los inventores; pero es admitido con gusto en el respetable cuerpo de los sabios. Posee su idioma; pero en vez de abusar de su genio, se empeña en seguir las huellas que han dejado impresas sus mas insignes cultivadores. Es lógico; pero detesta la sofisteria: es metafísico; pero sujetándose siempre al valladar que la fe tiene puesto delante de la razon, no se desdén de proseguir su marcha con agena luz, cuando tiene que incorporarse en esa atmósfera inaccesible donde ya la suya no puede resplandecer por sí propia: es geómetra; pero bastante discreto para no alterar el sistema de la verdadera critica, está mui léjos de pretender encerrar el mundo moral en el círculo de la verdad geométrica. Emplea en cada orden de conocimientos el criterio que le es propio, y de este modo recorre sin inquietud y con provecho las diversas escalas de las ciencias. Es físico; pero bastante elevado y noble en sus aspiraciones, para quedar satisfecho con la explicacion intermediaria de algunos fenómenos, y con el conocimiento aislado de la naturateza física, ata por donde quiera los eslabones que estrechan á Dios con sus obras, y al mundo de los cuerpos con el mundo de los espíritus. No han sido vanos para él todos estos importantes estudios; pues cuando se somete á prueba su saber en la profesion que ha adoptado, muestra, sin pretenderlo al parecer, todas las exquisitas transiciones por donde tiene

que pasar el talento para herir con buen éxito la dificultad importante, ó para dejar sólidamente establecida cualquiera verdad de las que abraza el sistema de sus ideas. ¿Es un ministro de la religion? Vedle cómo no separa jamas del principio de la caridad el amor á la pátria, ni de la buen conducta social el cumplimiento de los deberes religiosos. ¿Es un jurisconsulto? No esperéis que busque en las combinaciones casuales de las circunstancias políticas el espíritu de las leyes, ni en las inspiraciones exclusivas de la recta razon, la ciencia del gobierno y los principios del Derecho universal. Sabe mui bien, que el Pentateuco no es un libro excéntrico de las teorías políticas, ni el cristianismo un acontecimiento extraño al espíritu de las instituciones modernas. Yo le veo, Señores, ocupar un asiento entre los representantes de la nacion, ó tomar á su cargo el grave desempeño de la magistratura. Mui pronto se precipita sobre él la infame turba, con el fin de ganarle para sus designios: la adulacion le asalta, el interes le tienta, el placer le acomete, la sofisteria le persigue, la amenaza se le anuncia, las esperanzas le tienden sus redes, y el torbellino desolador lucha por envolverle en su estrago. Tal vez en el instante de esta invasion inesperada, se oscurece un tanto la claridad y despejo de su talento; pero nada importa, porque una fuerza desconocida, y extraña al socorro momentáneo de la inteligencia, le detiene inmóvil en su recta posicion. ¿Qué fuerza es esta, señores? Es la fuerza incontrastable de la educacion religiosa, que trasforma en hábitos los principios, y las ideas en sentimientos. Seguidle de cerca en todos los pasos de su vida social. Verdad es, que no conoce los amaños hipócritas de esa

civilidad convencional, que ha puesto de acuerdo á muchos hombres en engañarse recíprocamente; pero sabe que no puede justificarse la conducta social, si no se arregla del todo á las inspiraciones del cielo; y que no procede segun estas ideas, sino el que obsequia el amor de los otros, hasta el extremo de ahogar para siempre los sentimientos del odio, y abrir generosamente el corazon hasta á los mismos enemigos. Sabe que la sociedad es un comercio recíproco de sacrificios, y que tanto se atesora en ella con los placeres inocentes que produce, como con los sinsabores amargos que acarrea: sabe que debe obediencia á los superiores, tolerancia á los iguales, amor á sus súbditos: comprende que la religion ha levantado hasta los cielos ese respetable valladar, que la naturaleza y el pudor han colocado entre ambos sexos; y si no se facilita á las indicaciones de una moda que llorarán siempre la religion y las costumbres; tampoco alarmará con su presencia á la madre tímida y al padre zeloso. Siempre dispuesto al bien, siempre léjos de la hipocrecía, prodiga en sentimientos felices cuanto escasea en frases lisonjeras y seductoras. He aquí, señores, al hombre formado segun el sistema de la enseñanza y educacion religiosa. ¿Su formacion ha sido completa? Yo bien sé, que le falta el arte de presentarse con brillo en los públicos festines, el idioma novelesco y seductor que hace el encanto de la tertulia, los compasados movimientos de llegada y despedida, y y otros talentos de igual importancia; pero me resigno fácilmente con esta pérdida, cuando veo que no cuesta ella un solo suspiro al saber profundo, á la cultura positiva, al trato verdaderamente social, al interes del individuo ó al bien estar de la nacion; y cuando veo por

otra parte, que ese género de habilidad ha venido á ser en nuestros dias una profesion á parte, en cuyo ejercicio continuo parece que la sociedad pretende conservar exclusivamente á ciertos hombres, que desprovistos de conocimientos y de sérias ocupaciones, no pueden corresponder á sus esperanzas, ni favorecer sus designios, ni contribuir á su prosperidad.

CONCLUSION.

Voi á concluir, señores, reasumiendo con suma brevedad las varias observaciones que llevo hechas para manifestar la unidad, universalidad y verdad de los principios de la Iglesia católica, las ventajas incontestables de estos principios sobre las teorías diversas de las escuelas racionalistas. El motivo que me ha decidido á escribir, es este Seminario, no ménos que los ataques dirigidos contra el clero: mi principal objeto es la enseñanza y educacion pública. Pero al tocar estos puntos, principalmente á la vista del género de argumentos que se emplean para desvirtuar el concepto que el clero debe á su mision, á sus trabajos y á la opinion pública, mi asunto ha debido tener una amplitud mui notable; pues combatidos nuestros planes de enseñanza y educacion en el campo de la filosofia por la pretendida limitacion de su objeto, el mismo carácter de la controversia me ha hecho pasar hasta las ciencias, las letras y las artes, relacionar nuestros principios con la mejoría de las costumbres, y hacer sensible su influjo en la perfeccion de la sociedad.

La importancia de la educacion, tanto mas sensible entre nosotros cuanto mas penosa es nuestra marcha

social; la necesidad de establecerla sobre principios seguros, únicos que pueden salvarla de esta invasion funesta de doctrinas que luchan tenazmente por conquistar la opinion de nuestro siglo, me ha determinado á separar el principio, los medios y los resultados de la enseñanza y educacion eclesiástica, procurando partir de las nociones unánimamente reconocidas sobre los caracteres que debe tener cualquiera establecimiento humano, para adquirir derechos incontestables á la buena opinion, y aun á la gratitud de los pueblos. He procurado fijar con precision y exactitud la necesidad de que todo establecimiento se gobierne por un principio, la universalidad que el *católico* tiene en la extension y en la idea; la generalidad de este principio que bajo el nombre de *teológico* figura en el aprendizaje de las ciencias y en la escuela de las costumbres. Definido él: *razon y fe en lo especulativo; naturaleza y gracia en lo práctico*, he podido ya traerle al paralelo con las escuelas racionalistas, deteniéndome principalmente en la sensualista, en la ecléctica y en la que, no con mucha exactitud, lleva el nombre de teológica. Mi exposicion franca y sencilla tiene aquella fuerza que la naturaleza de las ideas y el carácter de los hechos comunican siempre al raciocinio, con independencia del talento del escritor. Esta comparacion, por otra parte tan fácil, me ha convencido mas y mas, de que el elemento científico y moral de la sociedad ha debido ser, es hoy y no dejará de ser nunca, la armonía entre la razon y la fe, entre la naturaleza y la gracia: armonía que brilla con todo su esplendor, y deja ver toda su fecundidad, en ese gran principio católico que fija el pensamiento y gobierna la accion del cristianismo,

La enseñanza de las doctrinas, la bondad y exacta observancia de las prácticas, la eleccion de los regentes y maestros: he aquí el principio en accion, el sistema de los medios. Mas como en este triple orden ha sido combatida la enseñanza y educacion eclesiástica, me fué ya indispensable hacer ver la universalidad del principio teológico, la perfeccion y suficiencia de la educacion religiosa, y la importancia del magisterio eclesiástico en aquellos establecimientos que se dirigen á rectificar y enriquecer el entendimiento, no ménos que á formar el corazon.

Para lo primero, he recorrido los principales ramos de las ciencias, pasándome hasta la literatura y aun las bellas artes. Para lo segundo he procurado hacer sensible la influencia de la educacion religiosa, siguiendo la accion de la Iglesia, desde las primeras prácticas de la vida doméstica, hasta los hábitos comunes de un pueblo y las costumbres verdaderamente nacionales. Sin limitarme á mis propios raciocinios, y ántes bien, hablando con la autoridad de uno de los mas grandes ingenios, he creido manifestar, que el estado eclesiástico tiene por sí la grande mision de la enseñanza: mision que no se le usurpa nunca, sin orillar á los abismos la sociedad entera.

Mi argumento, por último, señores, tiene un carácter histórico en la cuestion de los resultados: el cual me ha facilitado la ocasion de mostráros todas mis ideas en ese alto punto de verdad á donde llegan las cosas que han pasado por la prueba de los siglos. Desde el principio del cristianismo hasta el nuestro, vicisitudes mil han señalado la vasta carrera de la razon; sus teorías han seguido la condicion de la vida huma-

na: brillantes en su nacimiento, presuntuosas en su juventud, oscuras y miserables en su vejez. Entretanto, la Iglesia, batida con todas armas, en lucha con todas las pasiones, conteniendo alternativamente con la filosofía y el poder, ha salido siempre victoriosa, y sus principios generales, tanto como sus medios de acción, estos principios y estos medios que regeneraron al mundo y que han cicatrizado tantas heridas, están aquí, á la puerta de la sociedad presente, tendiéndola una mano amiga para salvarla.

La salvarán de facto? Señores, esta cuestion no es de los siglos ni de los hombres; pero puede asegurarse sí, que os cabrá una parte mui principal en que ella tenga una solucion favorable á nuestros deseos y á nuestras esperanzas, si os armáis con el poder soberano de estos principios contra ese torrente indómito de opiniones y doctrinas que el racionalismo en todas sus formas bastardas ha precipitado sobre el mundo.

